

Dariusz Pabiś CSsR*

Wyższe Seminarium Duchowne Redemptorystów w Tuchowie (Poland)

IGLESIA POBRE Y PARA LOS POBRES. UNA RESPUESTA PASTORAL E INSPIRADORA DE LA IGLESIA EN AMÉRICA LATINA AL CONCILIO VATICANO II

Resumen: La preocupación de la Iglesia por los pobres ha sido una de sus características fundamentales desde el principio. Ella siempre ha emprendido acciones para responder a las necesidades de los pobres, aunque su eficacia podría ser evaluada de diferentes maneras. El Concilio Vaticano II fue un evento eclesial muy especial, que enfatizó la importancia de este esfuerzo de ayuda a los pobres. La sensibilidad de muchos de sus participantes ayudó a que la Iglesia abrazara con renovado entusiasmo la perspectiva de su Fundador, que quiso salvarnos por medio de su pobreza. Sólo una Iglesia pobre puede ser creíble y cumplir su misión en el mundo de modo efectivo, especialmente en esta época, marcada por la pobreza y la exclusión. La Iglesia latinoamericana ha entendido bien estas indicaciones conciliares y las ha llevado a la práctica con valentía, hasta convertirla en una opción pastoral fundamental. Con el tiempo esta opción se convirtió en una inspiración para la Iglesia universal.

Palabras claves: Iglesia en América Latina, Concilio Vaticano II, Iglesia pobre, opción preferencial por los pobres.

Introducción

“¿Cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres!”. Recién elegido, Francisco pronunció esta frase, que no solamente describe su pontificado, sino que resume también un largo caminar de la Iglesia latinoamericana que formó y dio al mundo este Pontífice. Esta Iglesia tomó con seriedad los documentos del Concilio Vaticano II, alentada por el ejemplo de muchos de los que impulsaron y mantuvieron el espíritu de este gran acontecimiento eclesial del siglo XX. La Iglesia en América Latina hizo un esfuerzo enorme para poner en marcha el proyecto pastoral de salir al encuentro de los pobres y los oprimidos, siendo pobre como Cristo, con valentía y credibilidad. Con el tiempo este proyecto de opción preferencial por los pobres fue asumido por la Iglesia universal.

* Adres/Address/Dirección: dr Dariusz Pabiś CSsR, ORCID: 0000-0002-5099-5419; e-mail: dariopabis1531@gmail.com

1. La “Iglesia pobre y para los pobres” en la reflexión del Vaticano II

1.1. El Concilio ante la cuestión de la pobreza de la Iglesia

Desde el comienzo del Vaticano II, el tema de la pobreza de la Iglesia estuvo presente en las discusiones de los padres conciliares. Los obispos conscientes e interesados en esta problemática no eran pocos. Algunos de ellos formaron un grupo, que se conoció con el nombre: “Iglesia de los pobres”. Durante el Concilio, este grupo se reunía en la *Domus Mariae*, para no dar la impresión de que querían aleccionar a sus hermanos en el aula, y allí pensaron a fondo el tema de la pobreza de la Iglesia (Sauvage 2013, p. 560–580; Sobrino 2012a, p. 142). En las raíces de esta iniciativa, se encuentran las experiencias de los sacerdotes obreros en Europa Occidental o las del movimiento nacido en Palestina, bajo la tutela de la Iglesia melquita y de su patriarca Máximos IV. Entre quienes contribuyeron al trabajo del grupo, destacan: Paul Gauthier, antiguo profesor del seminario de Dijon (Francia), Dom Helder Câmara – obispo auxiliar de Río de Janeiro (Brasil), Manuel Larraín – obispo de Chile, Georges Mercier – obispo de Lagouat (Sahara de Argelia), George Hakim de Akka-Nazaret. Este último animó a Gauthier a escribir un libro sobre los sufrimientos de los pobres y de los obreros. El libro se tituló “Les pauvres, Jésus et l’Église” y fue publicado en París en las vísperas del Concilio, logrando despertar el interés de algunos pastores que iban a participar en este gran acontecimiento eclesial (Madrigal 2016, p. 76–78).

Uno de los personajes más destacados del Concilio, el cardenal Giacomo Lercano, arzobispo de Bolonia, en su intervención durante la primera sesión, a principios de noviembre del 1962, dijo: “La pobreza es un signo para reconocer a la Iglesia de Cristo. La pobreza condiciona toda acción pastoral evangélica y penetrante. El ser y la vida de la Iglesia deben ir marcados por la pobreza, como fue la Encarnación del Verbo, su nacimiento en Belén, su vida y su muerte. La pobreza de la Iglesia es como una continuación de la pobreza de Cristo” (Morín 1982, p. 460). En la misma línea se pronunció el obispo auxiliar de Lyon, Alfredo Ancel, que también estaba convencido de que la Iglesia no puede tener otra base doctrinal que la pobreza de Cristo, pues es ella la que lleva adelante en el mundo contemporáneo la misión que le fue encomendada por Dios. Consecuentemente si la Iglesia quiere ser la Esposa fiel de Cristo, debe compartir el mismo camino que el del Señor; es decir, debe ser pobre, porque Jesús mismo lo fue. Su obligación consiste en renunciar a la gloria mundana y a las riquezas materiales porque así lo hizo también su Fundador, Jesucristo (Morín 1982, p. 460). Esto significa, que la pobreza de la Iglesia no es solo una exigencia de la virtud de temperancia. Si fuera así, la reflexión no tendría nada original

del cristianismo, pues debería limitarse al área moral de una virtud y eso ya lo habían hecho los pensadores paganos o los estoicos. Al hablar de la pobreza eclesial no se trata de moverse a nivel meramente funcional o de oportunismo pastoral para ganarse credibilidad. Aquí está en juego el carisma, la apertura al Espíritu Santo. Gracias a la pobreza, la Iglesia se transforma en signo sacramental del misterio de Cristo, encarnado y anonadado. Solamente así ella puede ser vista como sal de la tierra y luz del mundo (Morín 1982, p. 461–462).

Estas convicciones teológicas quedaron reflejadas en la Constitución dogmática sobre la Iglesia “Lumen Gentium”, que afirma:

Pero como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, “existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo” (Flp 2,6-7), y por nosotros *se hizo pobre, siendo rico* (2 Co 8,9); así también la Iglesia, [...], no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a “evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos” (Lc 4,18), [...] (Concilio Vaticano II 1964, n°8; Bobichon, Luneau 1980, p. 228; Sobrino 2012a, p. 141).

Esta cita es una prueba de que el esfuerzo del grupo “Iglesia de los pobres” no fue en vano¹. Llama la atención su enfoque cristológico, en lugar del enfoque que parte de la realidad social. Lo crucial aquí no es la pobreza de las mayorías, sino el ejemplo de Cristo. Él es quien se hizo pobre y renunció a los privilegios de su condición divina para aparecer entre los hombres y compartir con ellos los sufrimientos y el desprecio. El misterio de su pobreza es un misterio de amor que es clave para dar sentido a la pobreza de la Iglesia (Castro Pérez 2011, p. 502).

De la misma manera hay que interpretar la Constitución pastoral “Gaudium et spes”, cuando insiste en que el espíritu de pobreza es gloria y testimonio de la verdadera Iglesia de Cristo Jesús (Concilio Vaticano II 1965a, n°88). Pablo VI afirmó que esta expresión es muy iluminadora e incisiva. La pobreza, pues, es signo de una opción hecha por amor a Cristo y a su Reino. Nace de una concepción de la Iglesia auténticamente cristiana; una Iglesia que tiene sed de verdad y que quiere liberarse de la carga de hábitos históricamente condicionados y que, actualmente, resultan contrarios al espíritu evangélico y perjudiciales para su misión apostólica. Pablo VI realizó también un fuerte llamado a conti-

¹ Jon Sobrino, el teólogo de la liberación de El Salvador, sostiene que a pesar de unas frases importantes en algunos documentos conciliares la idea de la Iglesia pobre y de los pobres estaba prácticamente marginalizada. Según él esto se debía al hecho de que el Concilio ha sido dominado por los pastores y teólogos europeos (Sobrino 2012b, s. 25–26).

nuar el proceso de purificación, pues la Iglesia necesita recuperar su verdadero rostro en el que la gente de hoy pueda encontrar el rostro de Cristo (Pablo VI, 1974, p. 500–502).

1.2. El Concilio y el tema de la Iglesia para los pobres

En tiempos anteriores al Vaticano II, la Iglesia se definía como una realidad fuera del mundo, pero con un compromiso misional para con el mundo. Con el Concilio, la Iglesia comprendió que no está fuera del mundo sino dentro de él, tal como lo anuncia la constitución “*Gaudium et spes*”. La especificidad de la Iglesia consiste en ser sacramento, signo de la salvación que está ya presente en la historia. Esta visión teológica también permitió hacer una lectura renovada de las realidades terrestres (Boff 1980, p. 249–250) y meditar la situación del hombre en el mundo contemporáneo. Esto es imprescindible, porque el papel de la Iglesia consiste en servir al hombre de hoy. Además, este es uno de los mensajes más relevantes que nos transmite la Constitución pastoral del Concilio Vaticano II. La Iglesia no existe para sí misma. Dios la quiso como medio para conducir a la gente hacia su destino final, que es Él mismo. Por esta razón la complejidad del mundo humano tiene mucho que ver con la misión de la Iglesia (McGrath 1970, p. 82). La “*Gaudium et spes*” lo afirma cuando dice que los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Merece la pena señalar que, en esta perspectiva, los pobres ocupan un lugar privilegiado (Concilio Vaticano II 1965a, nº 1; McGrath 1970, p. 82).

Encarnarse en el mundo de los hombres, especialmente de los pobres, entregar completamente la vida a ellos, hasta las últimas consecuencias, es para la Iglesia una vía segura para seguir transformándose en signo eficaz de salvación para todos los hombres. Esto la reconfigura desde adentro (Sobrinó 2012b, p. 27–28). Juan XXIII lo había entendido perfectamente. En su radiomensaje programático del 11 de septiembre del 1962, dirigido a los católicos, dijo: “[...] la Iglesia se presenta como es y quiere ser, como la Iglesia de todos y particularmente como la Iglesia de los pobres” (Juan XXIII 1962, p. 682; Luciani 2017, p. 351). Pablo VI se refirió a este mensaje cuando habló de la pobreza en el contexto del Concilio. En esa ocasión, expresó su convicción de que el espíritu del Vaticano II exige que toda la Iglesia asuma un nuevo modo de pensar y – por tanto – un nuevo estilo de actuar. Para el Papa Pablo VI, el mensaje de su predecesor en las vísperas del Concilio era un eco impactante de las palabras del profeta Isaías que Jesús proclamó en la sinagoga de Nazaret: *El Espíritu del Señor esta sobre mí, porque me ha unguido para anunciar el Evangelio a los pobres* (Lc 4,18). Es crucial para la Iglesia de hoy el tener una clara conciencia

del lugar que los pobres ocupan, no solamente en el sermón que Jesús pronunció en el monte, sino sobre todo en el Reino que Él anunciaba. Los humildes, pequeños, sufrientes y necesitados son elogiados como ciudadanos privilegiados del Reino de Dios (Pablo VI 1974, p. 499). De esta manera, el Papa confirmó lo que había dicho en su primer discurso del 29 de septiembre de 1963, al comenzar la segunda sesión conciliar, cuando aseguró que la Iglesia mira con particular interés a determinadas categorías de personas y les repite sin cansancio las palabras de Jesús: *Venid a mí todos los que sufrís* (Mt 11, 28). Entre los que escuchan esto están los pobres, los necesitados y los afligidos. (Cabestrero 1999, p. 63).

Los padres conciliares entendían que el espíritu de pobreza es signo del pueblo cristiano. Se lo recordaron también a los laicos. El decreto “*Apostolicam actuositatem*” las alienta a vivir libres de la servidumbre de las riquezas, “siguiendo a Cristo pobre, ni se abaten por la escasez ni se ensoberbecen por la abundancia de los bienes temporales” (Concilio Vaticano II 1965b, n° 4; Bobichon, Luneau 1980, p. 230). Dirigieron el mismo llamado a los presbíteros: “siéntanse invitados a abrazar la pobreza voluntaria, para asemejarse más claramente a Cristo [...]. Porque Cristo, siendo rico, se hizo pobre por nosotros” (Concilio Vaticano II 1965c, n° 17; Bobichon, Luneau 1980, p. 230).

El 16 de noviembre de 1965 – pocos días antes de la clausura del Concilio – un grupo de obispos se reunió en las catacumbas de Santa Domitila. Allí se comprometieron a “ser fieles al espíritu de Jesús” y firmaron lo que hoy se conoce como “pacto de las catacumbas”. Este “pacto” era una invitación a los hermanos en el episcopado a llevar una vida de pobreza y a ser una Iglesia servidora y pobre, tal como quería Juan XXIII. Los firmantes se comprometieron a vivir en pobreza, a rechazar todos los símbolos o privilegios de poder y a colocar a los pobres en el centro de su ministerio pastoral (Luciani 2017, p. 353–354.; Sobrino 2000, p. 85–86). Pablo VI, en el discurso que dirigió a los miembros del episcopado italiano, a principios de diciembre del 1965, mostró su sintonía con esta declaración de casi cuarenta obispos de todo el mundo. El Papa les alentó también a hacer revisar las diferentes formas históricas de expresar la autoridad episcopal. Les recordó que, en el pasado, las insignias del obispo no resultaban escandalosas, aunque eran signos de superioridad, de honor y a veces de privilegios. Sin embargo, los tiempos han cambiado. Actualmente, el pueblo, más que admirarse se escandaliza al ver al obispo revestido con los soberbios distintivos que tradicionalmente indicaban su autoridad evangélica (Pablo VI 1965; Morín 1982, p. 462–463).

2. “Iglesia pobre y para los pobres” – reflexión y experiencia eclesial latinoamericana

2.1. Iglesia en el mundo latinoamericano de los pobres

El 7 diciembre 1965, en la clausura del Concilio, el Papa pronunció una homilía en la cual dijo que la Iglesia – quizás como nunca – se sentía muy alentada a conocer a la humanidad que la rodea, a aproximarse a ella, a servirla y evangelizarla. En el rostro de los pobres y sufrientes, ella se sentía invitada a reconocer el rostro de Dios (Cabestrero 1999, p. 61). Profundizó ulteriormente las mismas ideas en la homilía que pronunció durante la misa para los campesinos, celebrada en la capital colombiana en las vísperas de la II Conferencia del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) en Medellín. Para el Papa, el seguimiento de Jesús es la razón fundamental de estar con los pobres. Además, dirigiéndose a los humildes campesinos, dijo: “Sois vosotros un signo, una imagen, un misterio de la presencia de Cristo. El sacramento de la Eucaristía nos ofrece su presencia escondida, viva y real; vosotros sois también un sacramento, es decir, una imagen sagrada del Señor en el mundo” (Pablo VI 1968; Luciani 2017, p. 355–356).

Es importante entender que – partiendo de la referencia a Cristo – la especificidad latinoamericana consiste en enfocar el tema de la pobreza desde una perspectiva prevalentemente pastoral y social (Muñoz 2004, p. 275). El volver a Jesucristo, abrazando su estilo y el ir con su espíritu al mundo humano no para dominarlo, sino para servirlo, significa para la Iglesia en América Latina encontrarse con las mayorías empobrecidas y socialmente excluidas. Esta actitud resuena fuertemente en los textos de la conferencia general del CELAM en Medellín, el año 1968 (Cabestrero 1999, p. 61–62).

En los pastores – preocupados por las condiciones dramáticas de sus países – estaba naciendo una nueva conciencia eclesial y misionera. La Iglesia se sintió invitada a dar una respuesta profética en el contexto de la grave situación latinoamericana causada por la pobreza, la injusticia y las utopías revolucionarias de las décadas de los sesenta y setenta. (Pabiś 2018, p. 38). Por consiguiente, ella tenía que – como los profetas del Antiguo Testamento –, agudizar su sensibilidad para saber evaluar de manera crítica las realidades sociales a la luz de la fe. Desde el principio, la cercanía a los pobres fue una de las tareas principales. Esto fue para muchos un criterio fundamental de la credibilidad de la Iglesia (International Theological Commission 1992, p. 216).

Uno de los personajes destacados de entonces, obispo y teólogo ecuatoriano, Leonidas Proaño ha notado que la situación del continente obligó a la Iglesia a definir con claridad su lugar. La gran intuición de la conferencia de Medellín

– la primera que interpretó el Concilio Vaticano II para el continente latinoamericano – consistió en comprender que no se trataba de encarnarse simplemente en un mundo cualquiera sino en el submundo de los pobres (Proaño 1973, p. 133–148). Oscar Romero, pastor de la arquidiócesis de San Salvador, en su discurso en la universidad de Louvain, pocas semanas antes de su martirio, afirmó que ese mundo de los pobres “es la clave para comprender la fe cristiana, la actuación de la Iglesia [...]. Los pobres son los que nos dicen qué es el mundo y cuál es el servicio eclesial al mundo” (Romero 2015, p. 203).

2.2. Los pobres – una característica de la pastoral latinoamericana

El gran desafío de la situación socio-política de la región para la conciencia cristiana consistía en aclarar cómo la Iglesia podía realizar su misión pastoral en un mundo de miseria y exclusión. Los obispos reunidos en Puebla, en la III Conferencia General de CELAM, respondieron: solamente podemos ser cristianos si vivimos una fe que esté comprometida con los pobres. (Puebla 2008, nº 1134 y 1154; Boff 1980, p. 250). De esta manera, los pastores latinoamericanos recogieron lo que habían afirmado en Medellín y también las experiencias y reflexiones de los años posteriores, para formular explícitamente lo que conocemos hoy como la opción preferencial por los pobres (Puebla 2008, nº 1134–1165; Gutiérrez 1998, p. 12–14). Esto no quiere decir que anteriormente la Iglesia no se empeñara en servir a los pobres; sino más bien que ese servicio adolecía de un cierto asistencialismo y paternalismo. Para poder ayudar a los pobres en sus necesidades, la Iglesia se asociaba con los ricos. La opción preferencial parte de otra perspectiva. La atención no se centra en las necesidades de los pobres sino en su dignidad, en su capacidad de transformar su vida, en su fuerza y en su potencial evangelizador (Boff 1980, p. 248). Esta opción debe ser entendida a la luz de dos elementos que estuvieron muy presentes en la III Conferencia: “comunio” y “participación”. No se trata solo de actuar en favor de los pobres, sino ante todo de hacer posible su participación activa, acompañándoles en sus esfuerzos y compartiendo su destino. Esta perspectiva es la consecuencia natural de ser pueblo de Dios (Basto de Avila 1989, p. 50–51; Muñoz 2004, p. 276–278).

En un cierto modo, esta opción era una expresión de la original eclesiología que demandaba un cambio eclesial profundo, a todos los niveles de su vida y de su actuación. El documento de Puebla afirma que el servicio a los pobres “exige, en efecto, una conversión y purificación constantes, en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres” (Puebla 2008, nº 1140). La opción preferencial por los pobres significa en la práctica la creación de una Iglesia no solamente para los pobres, sino una Iglesia con los pobres y de los pobres. Esto implica un cambio de mentalidad,

de pastoral, educación y estilo de vida sacerdotal. En este proceso, no se trata solamente de respetar o entender la situación de los pobres, sino más bien de honrar a los que personifican a Cristo crucificado (Boff 1980, p. 251–252; Sobriño 1985, p. 126–127).

El tema de los pobres también ocupa un puesto central en el documento de Santo Domingo. Los pastores reunidos en la IV Conferencia General hicieron suyo el clamor de los que sufren carencias y miserias. Asumieron con firmeza – como profundamente evangélica – la opción por los pobres “en continuidad con Medellín y Puebla” (Santo Domingo, n° 296, Muñoz 2004, p. 280). Siguiendo líneas marcadas en Puebla, reconocieron el potencial renovador de los pobres y su protagonismo en la Iglesia, especialmente en el ámbito de evangelización (Santo Domingo, n° 178, Muñoz 2004, p. 280–281).

2.3. La opción por los pobres como inspiración para la Iglesia universal

La recepción del Concilio Vaticano II en Latinoamérica sería incomprendible sin esta opción por los pobres. Si antes había grupos y sectores eclesiales que no aceptaban las situaciones de injusticia y las prácticas de exclusión hacia los pobres, en los años sesenta y setenta el cambio de actitud de la Iglesia en América Latina tuvo una dimensión cualitativa. La opción por los pobres dio una identidad peculiar a la Iglesia de esta región. Ella se ha esforzado en la solidaridad con los pobres, en la lucha por la justicia social, por los derechos humanos, por la dignidad de los pueblos originarios y de los negros. Diócesis enteras modificaron sus prioridades y reorganizaron las estructuras, adaptándolas a las necesidades de los pobres. Toda la Iglesia del continente comenzó a trabajar por el bien de los pobres y oprimidos. Este testimonio traspasó las fronteras del Continente y se transformó en una de las contribuciones más significativas que América Latina ha hecho a la Iglesia universal (Galli 2012, p. 614; Hummes 2004, p. 237; Kirby 1981, p. 8). Lo confirmó Juan Pablo II quien – apreciando el esfuerzo de la Iglesia del continente latinoamericano-, dijo que él mismo se identifica con esta opción preferencial por los pobres y que ella – por ser profundamente evangélica – debe seguir siendo válida para toda la Iglesia (Giovanni Paolo II 1984, n° 9).

Los pastores reunidos en la V Conferencia General de CELAM, en Aparecida, repitiendo las palabras que Benedicto XVI había pronunciado en el discurso inaugural, afirmaron que “la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza. Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (Benedicto XVI 2007, p. 13; Aparecida 2007, n° 392; Allen 2009, p. 264). Francisco, primer Papa de

este continente, ha confirmado esas intuiciones de la Iglesia en América Latina. Empezó su pontificado espresando su deseo de ver una Iglesia pobre y para los pobres. Para él esta opción no es facultativa, sino fundamental y obligatoria. La falta de solidaridad con los necesitados y excluidos “afecta directamente a nuestra relación con Dios” (Francisco 2013, n° 187; Luciani 2017, p. 350). Sin la opción preferencial por los pobres no hay vida cristiana auténtica, pues la identidad discipular de cada cristiano depende de su postura para con los pobres. Tal como el Papa Francisco ha afirmado, esta opción “es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica” (Francisco 2013, n° 198; Luciani 2017, p. 350).

La pobreza en el mundo globalizado sigue siendo una realidad y continuamente presenta nuevos aspectos. Excluye personas y naciones enteras. Es un desafío para la Iglesia universal, que no puede aceptar situaciones de hambre y miseria. El Cardenal Claudio Hummes expresó su convicción de que la opción preferencial por los pobres – en cuanto profundamente evangélica – debe seguir siendo una de las características y propuestas válidas de la Iglesia universal para hacer frente a los multidimensionales problemas sociales de hoy. Sin embargo, dijo el cardenal, ella debe centrarse en las personas y en las familias, en vez de reducirse a sólo grandes proyectos sociales que tienen el peligro de volverse impersonales y distantes del contacto personal. La gente – señaló – quiere un contacto más caluroso y amoroso con la Iglesia (Hummes 2004, p. 235–238).

Conclusión

Uno de los temas que apareció durante el Concilio Vaticano II fue el de la pobreza de la Iglesia. Este planteamiento tenía mucha importancia, porque estaba en juego la fidelidad a lo más original del Evangelio: a Jesucristo que, como dice san Pablo, siendo rico se hizo pobre (2 Cor 8,9). Los padres conciliares entendían bien que no se trataba sólo de hacer una reflexión teológica de carácter teórico. En nombre de la fidelidad a su Fundador, la Iglesia tendría que responder, dando señales concretas de conversión, haciéndose pobre entre los pobres. Este camino de conversión lo emprendió con mucha valentía la Iglesia en el continente latinoamericano. Esta opción por los pobres que ella asumió en el post-concilio, sigue siendo fuente de inspiración para la Iglesia católica universal.

Bibliografía

- Allen John, 2009, *The future Church. How ten trends are revolutionizing the catholic Church*, Image, New York.
- Aparecida, 2007, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento conclusivo*, Paulinas, Bogotá.
- Basto de Avila Fernando, 1989, *Puebla, dez anos depois*, Medellín, nr. 58–59, p. 47–54.
- Benedicto XVI, 2007, *Discurso inaugural*, en: Aparecida, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento conclusivo*, Paulinas, Bogotá, p. 7–24.
- Bobichon Marius, Luneau Auguste, 1980, *Kościół Ludem Bożym*, Instytut Wydawniczy PAX, Warszawa.
- Boff Leonardo, 1980, *Teología de la liberación: La opción preferencial por los pobres*, Salmanticensis, nr. 2, p. 247–260.
- Cabestrero Teófilo, 1999, *En Medellín la semilla del Vaticano II dio el cien por uno*, Revista Latinoamericana de Teología, nr. 46, p. 59–73.
- Castro Pérez Francisco, 2011, *Hermenéutica y recepción de una enseñanza del Concilio Vaticano II*, Gregorian & Biblical Press, Roma.
- Concilio Vaticano II, 1964, *Constitución dogmática sobre la Iglesia “Lumen Gentium”*, en: *La Santa Sede* [online], dostęp: 15.05.2019, <http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html>.
- Concilio Vaticano II, 1965a, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual “Gaudium et spes”*, en: *La Santa Sede* [online], dostęp: 16.05.2019, <http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html>.
- Concilio Vaticano II, 1965b, *Decreto sobre el apostolado de los laicos “Apostolicam actuositatem”*, en: *La Santa Sede* [online], dostęp: 14.05.2019, <http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651118_apostolicam-actuositatem_sp.html>.
- Concilio Vaticano II, 1965c, *Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros “Presbyterorum ordinis”*, en: *La Santa Sede* [online], dostęp: 14.05.2019, <http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651207_presbyterorum-ordinis_sp.html>.
- Francisco, 2013, *Exhortación apostólica “Evangelii gaudium”*, Tipografía Vaticana, Vaticano.
- Galli Carlos, 2012, *Dones de la Iglesia latinoamericana a la nueva evangelización. Novedades de “Evangelii nuntiandi” y Puebla hasta Aparecida y el Sínodo 2012*, Gregorianum, nr. 3, p. 593–620.
- Gutiérrez Gustavo, 1998, *Actualidad de Medellín*, Páginas, nr. 152, p. 6–17.
- Humes Cláudio, 2004, *El marco social y eclesial hoy de América Latina: 25 años después de Puebla*, Medellín, nr. 118, p. 219–238.
- International Theological Commission, 1992, *Declaration on human development and Christian salvation (september 1977)*, Alfred Hennelly (ed.), *Liberation Theology. A documentary history*, Orbis Books, New York.
- Juan XXIII, 1962, *Nuntius radiophonicus*, Acta Apostolicae Sedis, nr. 54, p. 678–685.
- Juan Pablo II, 1984, *Discurso al Cardinali, al MembridellaFamigliaPontificia e alla Curia Romana (Venerdì, 21 dicembre 1984)*, en: *La Santa Sede* [online], acceso: 13.05.2019, <http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/it/speeches/1984/december/documents/hf_jp-ii_spe_19841221_cardinali-curia-romana.html>.
- Kirby Peadar, 1981, *Lessons in liberation. The Church in Latin America*, Dominican Publication, Dublin.
- Luciani Rafael, 2017, *La opción por los pobres desde una Iglesia pobre y para los pobres*, Medellín, nr. 168, p. 347–373.

- McGrath Marcos, 1970, *The signs of the time in Latin America today*, en: Louis Michael Colonnese (red.), *The Church in the present-day transformation of Latin America in the light of the Council*, General Secretariat of CELAM, Bogotá.
- Madrigal Santiago, 2016, *Jesucristo, la Iglesia y la pobreza: un capítulo de la eclesiología del Vaticano II*, Corintios XIII, nr. 158, p. 69–97.
- Morín Alfredo, 1982, *La Iglesia de los pobres. Antecedentes bíblicos y realidad presente*, Medellín, nr. 31, p. 447–464.
- Muñoz Ronaldo, 2004, *La recepción de la “Lumen Gentium” en América Latina. A los cuarenta años de su promulgación*, Revista Latinoamericana de Teología, nr. 63, p. 268–282.
- Pabiś Dariusz, 2018, *Oscar Romero, czyli teología wyzwolenia w praktyce duszpasterskiej*, Wydawnictwo Homo Dei, Kraków.
- Paweł VI, 1974, *Wezwanie Soboru do cnoty ubóstwa. Audiencia ogólna (24 czerwca 1970 r.)*, en: Paweł VI, *Trwajcie mocni w wierze*, Wydawnictwo Apostolstwa Modlitwy, Olsztyn, p. 499–503.
- Pablo VI, 1965, *Discorso al cardinali, arcivescovi e vescovi d'Italia (Lunedì, 6 dicembre 1965)*, en: La Santa Sede [online], acceso: 11.05.2019, <http://w2.vatican.va/content/paul-vi/it/speeches/1965/documents/hf_p-vi_spe_19651206_prelati-italiani.html>.
- Pablo VI, 1968, *Homilía durante la santa misa para los campesinos colombianos (viernes, 23 de agosto de 1968)*, en: *La Santa Sede* [online], acceso: 12.05.2019, <http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/homilies/1968/documents/hf_p-vi_hom_19680823.html>.
- Proaño Leonidas, 1973, *Pour une église libératrice*, Éditions du Cerf, Paris.
- Puebla. 2008, *Documento Final de la III Conferencia Episcopal Latinoamericana (27 de enero al 12 de febrero de 1979)*, Documentos de santo Domingo, Puebla, Medellín y Río de Janeiro, Conferencia Episcopal Argentina Oficina del Libro, Buenos Aires, s 151–374.
- Romero Oscar, 2015, *La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres*, Oscar Arnulfo Romero, *La gloria de Dios es que el pobre viva*, Editorial Inces, Caracas.
- Santo Domingo, 1992, *Conclusões da IV Conferência do Episcopado Latino-Americano, Nova Evangelização, Promoção Humana, Cultura Cristã, Texto oficial*, Paulinas, São Paulo.
- Sauvage Pierre, *Le rôle des évêques latino-américains dans le groupe «Jésus, l'Église et les pauvres» durant le Concile Vatican II*: Revue théologique de Louvain 44 (2013) 560–580.
- Sobrinho Jon, 1985, *La Iglesia de los pobres, concreción latinoamericana del Vaticano II. Ante el próximo sínodo extraordinario*, Revista Latinoamericana de Teología, nr. 5, p. 115–146.
- Sobrinho Jon, 2000, *El cristianismo ante el siglo XXI en América Latina. Una reflexión desde las víctimas*, Estudios Centroamericanos, nr. 615–616, p. 79–93.
- Sobrinho Jon, 2012a, *La Iglesia de los pobres desde el recuerdo de monseñor Romero*, Revista Latinoamericana de Teología, nr. 86, p. 135–156.
- Sobrinho Jon, 2012b, *La Iglesia de los pobres no prosperó en el Vaticano II. Promovida en Medellín, historizó elementos esenciales en el concilio*, Páginas, nr. 228, p. 24–33.

KOŚCIÓŁ UBOGI I DLA UBOGICH. PASTORALNA I INSPIRUJĄCA ODPOWIEDŹ KOŚCIOŁA W AMERYCE ŁACIŃSKIEJ NA SOBÓR WATYKAŃSKI II

Streszczenie: Troska Kościoła o ubogich od samego początku swego istnienia była czytelnym znakiem jego istoty. Przez wieki Kościół podejmował wiele inicjatyw i pojedynczych działań, by wspierać wszystkich w potrzebie. Szczególnym wydarzeniem ekklezjalnym, które podkreśliło wagę tego zaangażowania był Sobór Watykański II. Wrażliwość wielu z jego uczestników pomogła spoj-

rzeń na Kościół w perspektywie jego Założyciela, który nie inaczej jak w ubóstwie dokonał zbawczego dzieła. Tylko Kościół ubogi może być wiarygodny i skutecznie wypełniać misję wobec świata, zwłaszcza tego naznaczonego biedą i wykluczeniem. Kościół w Ameryce Łacińskiej właściwie odczytał te soborowe intuicje i z odwagą przełożył je na praktykę, która ostatecznie dojrzała, aby być fundamentalną duszpasterską opcją. Ta z kolei z czasem stała się inspiracją dla Kościoła powszechnego.

Słowa kluczowe: Kościół w Ameryce Łacińskiej, Sobór Watykański II, Kościół ubogi, preferencyjna opcja na rzecz ubogich.

THE CHURCH IS POOR AND FOR THE POOR. THE PASTORAL AND INSPIRING RESPONSE OF THE CHURCH IN LATIN AMERICA TO THE SECOND VATICAN COUNCIL

Summary: From the very beginning the Church's concern for the poor has been one of its distinctive features. The Church has undertaken various steps to respond to their needs, though the effectiveness of these actions could be assessed differently. A special ecclesial event that emphasised the importance of the Church's involvement to help the poor was the Second Vatican Council. The sensitivity of many of its participants helped to look at the Church from the perspective of its Founder who, precisely in poverty, did a saving work. Only a poor Church can be credible and effectively fulfil the mission towards the world, especially a world that is marked by poverty and exclusion. The Church in Latin America actually read these conciliar intuitions and with courage translated them into a practice that eventually matured to be a fundamental pastoral option. This, in turn, over time became an inspiration for the universal Church.

Keywords: Latin American Church, Second Vatican Council, poor Church, preferential option for the poor.